



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11055

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 19 DE AGOSTO DE 1893

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

COsas RARAS

Cuba, la ingrata Cuba, la isla rebelde que cuando no estaba sublevada estaba conspirando para rebelarse, ha recibido con evidentes muestras de mal humor la noticia de la paz, porque ésta la segrega de España y la anexiona a los Estados Unidos. En cambio Puerto Rico, la isla siempre fiel y sumisa a los mandatos del gobierno central; la que al principio de la guerra se mostraba correcta y decidida al lado nuestro, dispuesta a derramar su sangre toda, se ha enterado de la paz con indecible júbilo y ha recibido placentera la noticia de que ha dejado de ser española para depender directa y solamente de la república norteamericana.

¡Qué contraste! Desde hace muchos años trabaja Cuba, o una parte de sus moradores, por romper los lazos que la unían a España; una y otra vez se sublevó por ser libre y ora emprende en Yara una guerra cruel que termina á los diez años con la paz del Zanjón, ora hace estallar en Baire la formidable revuelta que ha terminado como todos sabemos. Y sin embargo, cuando su deseo es la satisfacción, cuando ve que la bandera española desaparece de Santiago de Cuba y el protocolo de la paz la hace desaparecer del castillo del Morro de la Habana, siéntese vencida por la nostalgia de esta dominación española que, mala y todo lo que quieran los cubanos, es y será siempre—y ya tendrán tiempo para comprobarlo los hijos de Cuba—más suave que la que están condenados á sufrir en adelante.

El fenómeno es digno de estudio. Hace un año, al ver que con el procedimiento del general Martínez Campos no se había logrado la paz, ni se lograba con el procedi-

miento de Weyler, todo el mundo decía que en Cuba era todo enemigo de España, desde los niños hasta el clima.

La afirmación no parecía exagerada, pues el vomito había dado flu de la mitad del ejército y la otra mitad iba de un lado para otro, dividida en pequeñas columnas que eran engañadas muchas veces por los guías, faltas de condiciones que les indicara la estancia o la dirección del enemigo.

¿Como ha cambiado de modo tan rotundo la opinión cubana? Para nosotros no ha cambiado. Lo que Cuba, desea eran reformas y una vez concedidas el encono contra España que era más aparente que real, desaparecía.

Así era el cariño de Puerto Rico, aparente. En el fondo de sus manifestaciones hipócritas, nunca sentidas, palpaba otro sentimiento más innoble, el de la ingratitude, el de la deslealtad. Por eso cuando los españoles se retiraban, los portorriqueños arrian la bandera roja y gualda y la sustituyen con el estrellado pendón de la república norteamericana.

Cuba nos ha hecho mucho daño; pero al sentir dolor porque deja de pertenecernos da pruebas de que tiene corazón. Por el contrario, Puerto Rico, nada nos ha hecho; ni dolores ni disgustos ha ocasionado a España. Cuando nos vio fuertes se mostró sumiso. Ahora nos ve vencidos y se aleja de nosotros con alegría, sin pensar siquiera en las tristezas que deja tras de sí.

Huelgan los comentarios.

TIJERETAZOS

El Nacional, que se manifiesta después del desastre que hemos sufrido en la guerra terriblemente regenerador del país, coje el artículo que ha publicado

en El Tiempo el jefe de los conservadores y dice:

«Nadie en El Tiempo es capaz de escribir tan mal, y solo Silveira tiene el secreto de llenar dos columnas de periódico sin que se le escape una idea ni observación alguna original y atendida ¡Qué hombre! Mejor dicho, ¡qué calabaza!»

Esto consuela.

¿Creen ustedes que no había regeneración posible para nosotros?

Pues ahí tienen ustedes el periódico de cámara del Sr. Romero Robledo regenerando... la gramática y batiéndose bravamente en defensa de las pasiones de su patrono.

Todo quiere empezar.

Dice El Ejército Español:

«Todos los periódicos han dado cuenta del increíble resultado de las pruebas verificadas en el «Lepanto», publicando una serie de vergonzosísimos detalles, que, cuando ha sido autorizada su circulación, prueba que hay en ellos gran parte de corteza.»

Si señor, algo de cierto y mucho de fantástica.

Pero conste de ahora para luego, y no se olvide, que la mano de obra es de primera calidad, como acontece con todo lo que se construye en el arsenal de Cartagena.

Con lo que viene de fuera no tiene nada que ver esta maestría.

Ni con otras cosas tampoco.

Los periódicos del Norte dicen que los lazaretos que han de recibir á los soldados que van á llegar de Cuba y Puerto Rico no están en condiciones ni mucho menos.

Vamos, una nueva imprevisión que nos va á salir, como todas las que se han padecido hasta ahora, por una friolera.

Con una epidemia para fin del drama en que hemos hecho el papel de víctima coronamos la obra.

Y nos regeneramos de golpe.

Dicen de Nueva York que en el ataque á Manila por los yanquis tuvieron los españoles doscientos muertos y trescientos heridos.

Los americanos, cuatro y treinta y siete, respectivamente.

Diferencia tan enorme ha llamado la atención, pero se explica satisfactoriamente. Los proyectiles españoles se habían reventado haciéndose blanduches.

Y, es claro, donde daban dejaban un inofensivo pegoto.

Hay otra explicación que satisface más.

Que los yanquis han mentido al dar noticias de ese suceso y han sumado á las bajas españolas una buena parte de las sayas.

GLORIAS NACIONALES

Heróica defensa del castillo de Figueras.

19 de Agosto de 1811.

Dueños los españoles del castillo de Figueras á consecuencia de una sorpresa realizada por los guerrilleros catalanes, púsole inmediatamente sitio el general Baraguay d'Hilliers, con más de 10000 hombres y gran número de pertrechos, lo cual le permitió establecer dos líneas de trincheras y reducidos alrededor del fuerte y ocupar todas las alturas inmediatas, con lo que hizo sumamente riguroso el bloqueo.

La guarnición, compuesta de 5000 soldados á las órdenes del general don Juan Antonio Martínez, se defendió bravamente y con heroísmo de las numerosas acometidas de los franceses, hasta el extremo de que el jefe de éstos, en vista de lo infructuoso de los ataques y del gran número de bajas que les costaban, decidió suspenderlos, contentándose entonces á bombardear el castillo y á conseguir que el bloqueo fuera tan extremado que se hiciera completamente imposible la llegada, ni aun del más pequeño socorro á los sitiados.

Esta á su vez, se dedicaron á efectuar heroicas salidas, no sólo para procurar romper el bloqueo, sino también para casar á los imperiales y poco á poco destruirlos, á ver si así les inducían á levantar el sitio.

Aunque su principal objeto no lo consiguieron, no por esto tan valientes españoles sufrieron quebranto en su levantado espíritu, á pesar de las muchas privaciones y sufrimientos que les ocasionaba el riguroso bloqueo.

Jamás pensaron en rendirse; estaban

decididos á morir si no podían salir vencedores, como se lo hicieron saber al general Baraguay las diferentes veces que les intimó la rendición.

Sólo cuando el fracaso del intento de socorro realizado por el marqués de Campoverde, juntamente con la pérdida de Tarragona, les hizo comprender que no debían esperar socorros de ningún género, pensaron en abandonar el castillo, por la poderosa razón de que ya era imposible continuar, pues carecían en absoluto de viveres, y ya ni aun caballos ni otras clases de animales les quedaban; habían consumido durante el sitio todas las municiones de que disponían: 40000 disparos de artillería y 200000 de cartuchos de fusil; de los 5000 hombres de que se componía la guarnición en un principio, 1500 habían muerto á consecuencia de enfermedades ó de heridas y 1700 se hallaban postrados en cama, no hallándose los restantes en muy buen estado, á causa del hambre y de las fatigas y penalidades naturales en tan largo sitio.

En la noche del 16 de Agosto de 1811, después de haberse puesto de acuerdo con el coronel Rovira, que con 2000 hombres se hallaba próximo á las líneas francesas, abandonaron los sitiados el castillo, dirigiéndose por el llano á salvar los obstáculos y trincheras del enemigo, al propio tiempo que el mencionado jefe, por el lado opuesto, atacaba á los imperiales para simular un intento de socorro.

De nada les sirvió tal estratagema, pues descubiertos los del castillo á unos cincuenta metros de los atrincheramientos enemigos, cayó sobre ellos una nutrida lluvia de proyectiles de fusil y cañón que les hizo retroceder y buscar refugio en la fortaleza.

Tres días después los mil y pico defensores que quedaban útiles dentro del castillo se rindieron, sin que su heroico comportamiento moviera á los franceses á mostrarse generosos, hasta el extremo de obligarles á capitular sin condiciones.

En los cuatro meses que duró el sitio experimentaron los franceses 4000 bajas.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción.)

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 83

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 82

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 79

dose detrás de ella, la da el señor duque de Chartres.

—Lebrun se expone, dijo Felipe V; y será muy posible que mi abuelo le envíe á hacer caricaturas á un calabozo de la Bastilla.

—Mientras Lebrun no haga la caricatura del gran Luis XIV, todo irá bien: su majestad está muy disgustado con los príncipes de la sangre, y casi se alegra de que Lebrun, el pintor de la corte, les ponga en ridículo, y de que Bacon los acerbille á sátiras, poco antes de venirme me dijo su majestad: —Celebro mucho que el lápiz de Lebrun se haya hecho epigramático y moralizador: ved si le podéis oger la caricatura de mi hermano el duque de Orleans: dicen que es una cosa admirable; que no puede pedirse más verdad; que se ve el atraco que le mató.—Su majestad se rió mucho con esta caricatura y con la de la duquesa de Chartres representando á Baco.

—¿Y qué hace el confesor de mi abuelo?

—Conspirar para que no se le escape la conciencia del rey.

—De modo que Versailles sigue como siempre: la Maintenon conspirando contra mi abuelo; los príncipes de la sangre conspirando contra mi abuelo y contra ella; los príncipes legitimados mirando de

—El rey os habla, dijo con impaciencia la princesa.

—¡Ah! dijo Azucena como despertando de un sueño: ¿el rey me habla? ¿está aquí el rey? gracias.

Y volvió á su silencio sin haber dejado su inmovilidad y sin haber mirado á Felipe V.

—Perdonadla, señor; acaba de perder á su madre; en vano he pretendido consolarla; la primera violencia del dolor le dura todavía.

—Respetemos, pues, su dolor y dejémosla en paz, dijo el rey.

V

Guardó silencio por un momento Felipe V, y estuvo contemplando el pálido semblante de Azucena, que se veía vagamente al escaso reflejo de la luna que penetraba en el carruaje.

—¿Y qué noticias traéis del mundo de Versailles? dijo Felipe V. ¿Qué hace Lebrun?

—Pintar y mas pintar, y ser el secretario de los pequeños escándalos: se ha dado á hacer caricaturas, y merece verse la del padre Travoux predicando como un misionero para convertir á la señorita de Sory de la Boissiere, que hace la mamola al rigidísimo jesuita, mientras toma un aderezo que, ocultán-

Al fin se vió á lo lejos algo que adelantaba por el camino, en dirección opuesta á la que seguía el rey.

Por último, los dos correos y las dos vanguardias del rey y de la princesa de los Ursinos se encontraron.

Un momento despues, el coche de la princesa y el caballo del rey se detuvieron en un mismo punto.

La portezuela se abrió, y el rey echó pié á tierra. La princesa avanzó para salir.

—No, no, dijo el rey, voy á entrar yo.

III

La princesa se retiró conmovida, pálida, para dejar al rey que entrase.

Mr. Amelot se cambió, colocándose al vidrio, junto á Azucena.

La princesa quedó por accidente á la derecha del rey.

La portezuela se cerró.

La princesa permaneció de pié en la actitud de ceder por respecto y por deber el lugar preferente al rey.

Este, que se había sentado á la izquierda, dejó las manos de la princesa, y la obligó dulcemente á que se sentase.